

Adagio, en dos tiempos sobre Plasencia

Trabajo galardonado con *Flor Natural*
en el Certamen de Plasencia, 1975.

UANDO sobre aquel antiguo pago de Ambroz, ganado a los moros ismailitas, se fundara la Ciudad de Plasencia —allá por el año del Señor de 1180, en la era del 1218—, Alfonso VIII, su fundador, como a una hidalga o infanta que naciera de la tierra, la dio, como progenitor que era de ella, un nombre, un escudo y un mote, que le sirviera de lema en su leyenda futura.

Era la recién nacida —ciudad del Rey—, pequeña y fuerte, como surgida del vientre de piedra de la Tierra.

Las ciudades son como sus progenitores las engendran: Fantásticas, cuando las sueña un poeta con su imaginación sin fronteras; aladas y lejanas, como las que imagina la frente enfebrecida y calenturienta de un enfermo; verdes y rojas, cuando las pinta un niño; sin existencia real, utópicas, como las crea un filósofo. Plasencia nacía de la cópula carnal de un Rey con la más inmensa, prolífera y arcana de las hembras: *La Tierra*.

Y, porque era pequeña la ciudad recién fundada, el rey *Alfonso el Noble*, la defendió encerrándola entre almenas, murallas, cubos, baluartes y un Alcázar (que se levantaba en lo más alto de su emplazamiento, rodeado de tres muros y un foso de agua, profundo, a los que daba paso un puente de madera, levadizo). Siete puertas. Siete plazas. Siete fuentes. Siete calles. Siete parroquias. Siete iglesias. Siete conventos. Siete ermitas. Arcos y portones que cerraban

los caminos de Castilla. No lejos, los musulmanes que poblaban Extremadura y Andalucía.

La juventud de *Alfonso*, el *Rey pequeño*—frisaba su edad, cuando fundara Plasencia, en los veinticinco años y comenzó a reinar cuando apenas tenía tres—; su ascendencia materna: *Blanca de Navarra*; su matrimonio con la princesa inglesa *Leonor Plantagenet*, Duquesa de Aquitania, le habían inmerso en una idea constante de la belleza.

Por eso, al fijarse en la Ciudad que acababa de fundar, lejos de la adustez de Castilla (quizá la mirara en primavera) —que había nacido entre el verdor de los olivos y castaños, cerca de las piedras berroqueñas donde parece que cuelgan las encinas, entre la sierra de Calzones y la de Beringues, arrullada por el Jerte (río de gozo), que se abre en abanico de álamos, tras bajar por lo profundo y angosto del Valle, cuajados de cerezos— debió sentir agrado en su obra el joven Rey ALFONSO el de *Las Navas*, debió encontrar en ella reunidos: El verdor de los campos de Navarra, la hermosura del cielo de Gascuña y la paz bucólica que deseaban sus muchos, aunque jóvenes, años de guerra sin descanso. Le agradó la Ciudad y sintió el deseo de que agradara a los hombres venideros y sobre todo, a DIOS.

Canonistas, escribanos, bachilleres y almojarifes de talla tuvo *Alfonso VIII*. Abrahan Ben David Haleví, Jucaf Alenxuxen, Aben Ezra, Gil Díaz, Martín Antolínez, Domingo de Guzmán y muchos otros. Y, aunque no sabemos, a ciencia cierta, quién fue el que brindó al Rey el nombre de *Placencia* para la Ciudad, pienso (me imagino, mejor) que fuera Aben Ezra, el viejo poeta mozárabe y latinista (el que cantara, también, después, los amores furtivos del Rey Alfonso con la mora Raquel o «*Fermosa*»), pues solo un poeta puede soñar en el futuro, adentrando en el presente.

Clemente III funda el Obispado y Diócesis de Plasencia «*ut placuit hominis causa*» en 1189, y, ya, en esta bula el Pontífice designa a la Ciudad con el nombre de *Plasencia*.

Las armas de su escudo fueron: El castillo o torre, colocado entre el pino y el castaño, La fortaleza, entre el signo de la Diosa Cibeles (el pino) y el árbol que, traído de Castanea, evoca a Homero y a la fértil Grecia, tierra de su origen.

Un mote o lema campea en el escudo: «*Ut Placeat Deo et Homi-nibus*», («Para que agrade a Dios y a los Hombres»),

Y el almojarife del Rey —poeta o no, escribano o bachiller— hace volar su imaginación sobre el verbo latino «*placere*», que sintetiza el gozo del Rey y la esperanza de un gozo mayor y futuro y ¿qué mejor que subjetivar el participio de presente del mismo?: *Plasencia*

(en su primitivo origen: *Placentia*) significa, pues, etimológicamente en versión libre de su nombre: «La agradante», «la agradadora», «la que agrada». El agrado, el placer hecho presente que se comunica.

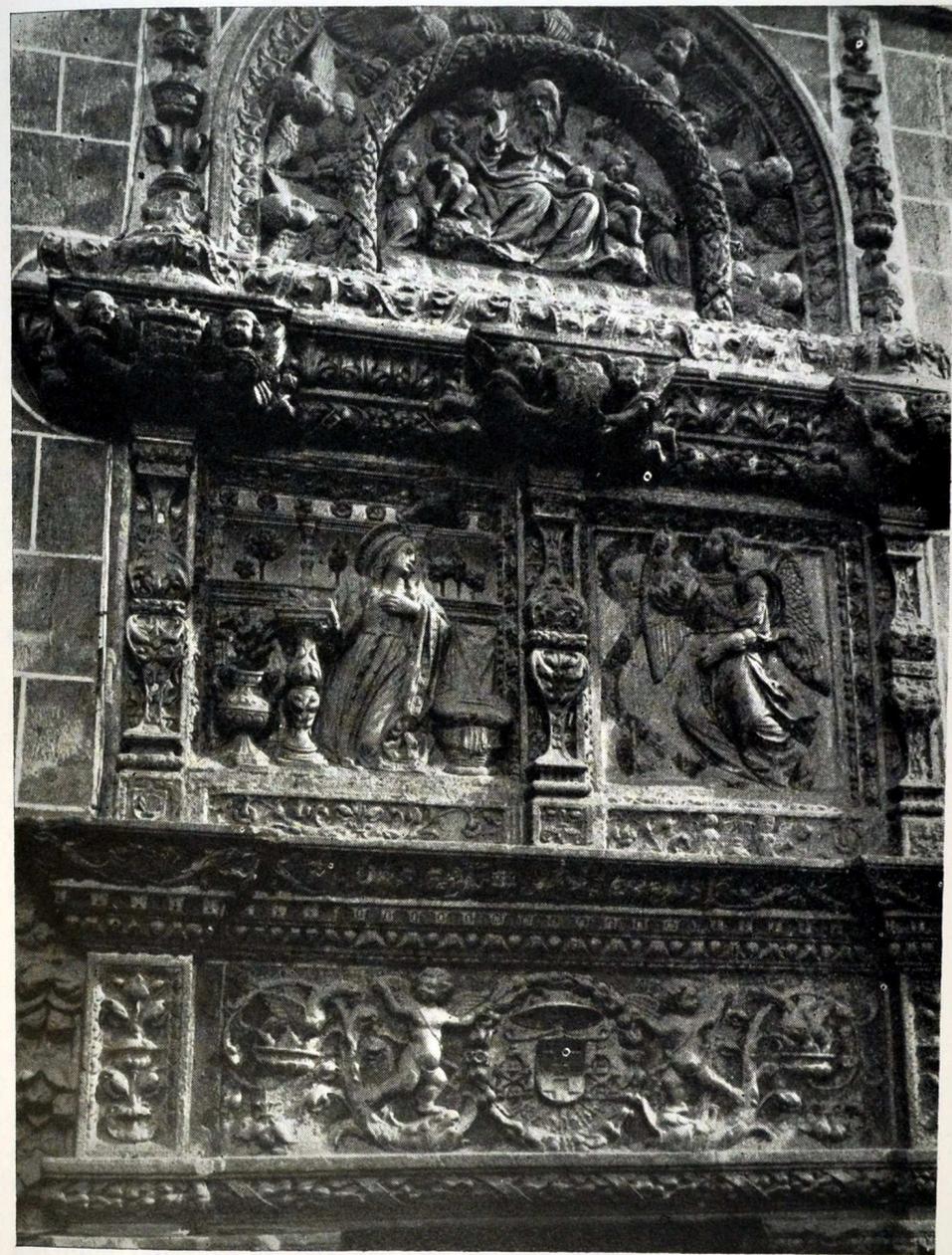
Y así nació el nombre y así fue, es y será Plasencia: Ciudad nacida para agradecer a Dios y a los hombres. Ciudad cuyo destino es agradecer, ser grata a los demás: A los que viven en ella y a los que, cruzando caminos de esta parda y olvidada Extremadura, tenemos el honor de conocerla.

La historia de Plasencia se hilvana y se teje con los hombres que posteriormente le dieron fama. Los hombres forman la Historia de los pueblos y ésta inmortaliza a aquellos.

En tiempos de *Sancho IV, el Bravo*, lo fueron: *Don Nuño Pérez de Monroy*, Abad que fue de Santander, Canciller de la reina Doña María y Secretario Mayor del Reino de León; *Pedro Sánchez de la Cámara*, Secretario del Monarca; *Pedro Sánchez de Grimaldo*, a quien el Rey le concedió numerosos privilegios por sus grandes hazañas y servicios al reino, entre ellos el derecho de asilo sobre sus casas en la calle del Rey, Grimaldo y Corchuela, de tal forma que si algún delincuente «se acogiese en dichas casas, ningún alcaide, ni juez, ni justicia, ni merino, ni alguacil, ni otro oficial alguno nuestro, ni de otro señorío alguno, que no hubiese poder de lo tomar, ni de lo prender, ni de llegar a las dichas casas, a nueve pasadas en derredor»; y *Gonzalo Bermúdez de Trejo*, hermano del Cardenal Don Gabriel de Trejo y Paniagua, a quien, también por sus relevantes servicios el Rey, éste le hizo Señor de Jaraicejo. entonces perteneciente a la ciudad de Plasencia.

Más tarde, durante el reinado de *Fernando IV*, lo serían: *Fernán Pérez de Monroy*, hermano del Abad de Santander quien en unión de su indicado hermano, fundó el Hospital de Santa María construyó la Iglesia de San Nicolás; o *Fernán Pérez del Bote*, Procurador de Cortes por Plasencia, y otros muchos.

Y la Historia de Plasencia caminó siempre del brazo de hombres ilustres que la dieron fama, tanto en las armas, con en las letras, en la política o en la Iglesia (que, en tiempos pasados, estuvieron hermanadas): El Obispo Don *Domingo*, que fundó el convento de San Francisco; el Cardenal Don *Juan de Carvajal V*, fundador del convento de San Vicente; *Pedro Ponce de León*, también Obispo de la Ciudad e Inquisidor General de España (aunque algunos aseguran que no llegara a ser esto último, pues, nombrado, le llegó antes la muerte); los Duques Don *Alonso de Zúñiga* y Doña *Leonor Pimentel*; *Luis de Chaves*; el Cardenal *Juan de Zúñiga*, Maestre de Alcán-



La prodigiosa portada de la sacristía catedralicia en PLASENCIA

tara; el Coronel *Villalba*; *Francisco de Barahona*; *Alonso de Monroy*; *Benito de Carvajal* y tantos otros capitanes, alféreces y maeses que intervinieron en el descubrimiento y conquista de *Péru* y *Chile*, entre los que descuellan; *Diego García de Paredes*, *Gabriel Paniagua de Loaisa* — que fue Gobernador, por tres veces, de la Ciudad de Cuzco y Capitán General de la guerra contra los indios churiguanaes—, *Fernando de Pineda Paniagua*, Comendador de Ciudad Rodrigo, *Antonio de Carvajal* y *Francisco de Carvajal Bocanegra*, quienes supieron defender, con orgullo, su nacimiento, en las batallas de Lepanto, Nápoles, Sicilia, Portugal y Malta.

No hubo corte medieval que no contara con la presencia de Procuradores de esta Ciudad y Obispado: Las de Medina del Campo convocadas por Fernando IV; las de Valladolid, de Alfonso XI; las celebradas en Madrid por el mismo Rey y tantas otras, en las que los aguerridos hombres de armas de Plasencia —señores y consejeros— fueron convocados para oír su opinión y su voluntad.

Y nacieron en ella poetas como *Luis de Miranda*, *Miguel de Carvajal* y *Pedro de Trejo*.

Y hubo también mujeres —¡cómo no!— que quedaron su impronta indeleble en la Historia de la Ciudad: Doña *Maria de Monroy*, la *Brava*, quien vengó la muerte de sus hijos: Los Henríquez —de escasos diecinueve años, cuando la vida comenzaba a sonreírles en su Señorío de Salamanca—. matando ella misma, con su propia espada, a los agresores en Viseo y trayendo en las puntas de dos de sus lanzas, enarboladas, las cabezas de los Manzanos, que habían huído a Portugal después de cometido el asesinato de los hijos de la misma; *Francisca Maldonado*, quien recibió grandes favores de Dios en sus continuos éxtasis de espiritualidad; *Leonor de Pimentel* hembra varonil, que supo defender el Señorío de Plasencia, cuando la Ciudad se entregó a los Reyes Católicos, dejando fama de su energía y rectitud.

Los *Monroy*, los *Zúñigas*, los *Trejo*, *Nieto*, *Almaraz*, *Carvajal*, *Paniagua*, *Dávila*, son apellidos que, a través del tiempo, con otros muchos apellidos, crearon un linaje que honra a la historia de Plasencia y, lo que es más, a la Historia de España.

Portadas de piedra berroqueña —piedra de cincel y martillo—. Escudos labrados en los dinteles de sus portones. Torreones de antiguos castillos. Casas feudales. Conventos con celosías de hierro forjado. Campanas que lanzan al viento gemidos de antiguos tiempos guerreros. Por el Sur, tierras que pertenecieron al moro, y al Oeste. Portugal. Al saliente, Castilla. Al Norte, también. La ruta de la

Plata y el camino de Guinea. Piedras que se pierden en la lejanía de los pasos ignotos de la Ciudad...

Pero el tiempo pasa inexorablemente. No se paran las épocas de la grandeza ni son interminables los momentos de infortunio. El tiempo pasa... pasa... sin detenerse... y la Ciudad ha vivido... ha de seguir viviendo... por lo menos, para nosotros, vivirá hasta que, un día, la muerte, egoísta, cierre nuestros ojos.

... Esta luz tenue de Diciembre —de tarde que termina— acompañada de pizcas de viento frío, que se cuele por las calles retorcidas de la Ciudad, encierra en ágoras de recuerdos a Plasencia.

Desde el Cotillo de San Antón las luces, que asoman por las numerosas ventanas de la Ronda, la convierten en una cadena de luciérnagas, que desemboca en los arcos del acueducto, que cruza la carretera.

Cuando a la luz de las estrellas, tintineantes, miro la quieta soledad de las murallas, recostadas sobre la silueta parda del convento de San Vicente, el cielo parece olvidarse del espaldarazo de señorío que encierran los Muros de la Ciudad milenaria.

Me ha parecido que por la calle Blanca suben mozos y mozas, ataviados, cantando. En la plazuela de la Catedral —jugando con los arabescos y filigranas de los antiguos palacios, mezclándose como enredaderas salvajes en el balcón tallado del Deán— se oye la gaita y el tamboril y las voces que resuenan como finos estiletos, clavados en la encrucijada fría de la noche:

«Pongo un ramo en tu ventana,
pongo un ramo en tu balcón...
Tu me robaste el alma,
Yo te robé el corazón...»
Ton... toronton... ton... toronton... ton...

No se oye el restregar de las lanzas ni el crujir de las alabardas, de antaño. Las celosías de los capiteles laberínticos de las setenta saetas de la Catedral —crestería y pináculos—, que apuntan hacia el cielo de la noche, no otean, ya, moros enemigos ni tierras irredentas. Son lámparas de piedra que sostienen el azul transparente de las nubes, clavando alfileres para fijar en ellas las estrellas. Torre del Melón. Escamas y sudario de piedra bizantina. Callada. Silenciosa. Arcos del claustro dormidos por el cantarín chorro de la fuente del Obispo Carvajal V. Parece como si quisiera salirse del Coro, colum

piarse en la crucería de granito, Rodrigo Alemán, volando por la noche misterios de Plasencia.

Los pasos de los mozos resuenan sobre los adoquines de la calle...

Un rayo de luz, zigzagueante, alumbra, a intervalos, el rosetón gótico de la Iglesia de San Nicolás. Quizá sea la luz de la lámpara, que alumbra ante el Sagrario. La vidriera es roja y verde y azul. Y la luz se quiebra en los colores.

... ¡Cómo reconfortan al alma estos rezos! ... Apenas parecen el murmullo de una brisa, suave, las plegarias de las monjas de San Ildefonso. Celosías de hierro. Extasis de paz, que vuela por todo lo ancho y lo largo del convento viejo. Ni una sola mirada tras los claustros de la clausura. La pequeña campana franciscana suena alegre. Están acabando los cánticos de «laudes» en el coro. Sobre las sombras, que se adivinan tras las rejas del convento, una monjita humilde, con los brazos en cruz, arrodillada, antes de acostarse, pide por la Paz de los hombres.. Sólo queda —cuando el silencio llega— la luz que ilumina tenuemente la Iglesia del Convento.

Agua abajo del Jerte—caminante lento que trae el olor del Valle— el río se ensancha al llegar a la Ciudad. Ahora, en Diciembre, no hay cigüeñas; pero vendrán en Febrero, por San Blas, y, después, comenzará a surgir la Primavera:

Flores blancas de cerezo, reventando en los árboles del Valle. Frutos rojos colgando de los árboles. Y, ahora.. el frío de Diciembre que se cuele por los entresijos de mi cuerpo...

... Cuando quería volar entre la noche, —como un soplo de viento o una ráfaga de luz caída de una estrella—, por entre el difícil vericuetto de las Calles de la Ciudad (Resbaladero de San Martín, el Rey, de los Quesos, Marqués de Mirabel, Pardala, calle de la Herradura), agarrándome a los cuarterones de las puertas viejas, y a los gruesos clavos de los portones, llamando, a voz en grito, con el aldabón del pasado, queriendo ver hidalgos, que ya han muerto y duques y señores, que solo un escudo —clavado en cualquier puerta— les recuerda, he sentido miedo y he sentido aun más frío.

Estamos en Plasencia. Ya no hay noche ni día... Mañana volverá a lucir el sol rojizo del invierno. No importa que no hayan venido aún las cigüeñas, ni se huelan las flores blancas de los cerezos del Valle. Las cresterías de las setenta saetas de la Catedral, los sonidos de la campana franciscana, el tintineo del chorro de agua de la fuente del Obispo, las voces de los mozos y mozas, el sonido de la gaita y el tambor; el rojo, el verde y el azul del rosetón de la Iglesia,

todo suena a esperanza, todo suena a futuro. todo se convierte en *Amor*.

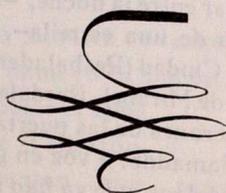
... Yo me voy soñando... (¡cómo se sueña, al calor del amor, en estas noches frías de Diciembre...!)... En el reloj de la plaza han sonado unas horas, largas y pausadas. Las luces de las casas se han apagado .. todas. . Sólo quedan las que alumbran las calles, enjutas, afiladas, de la Ciudad...

... El viento me trae el recuerdo de una canción de ronda extremeña...

«Dispielta si estás dormida,
de ese sueño tan profundo,
que te ha venido a rondar,
mi nena morena,
quien más te quiere en el mundo...»

Ton... toronton... ton... toronton. . ton...
toronton... ton... tooo...

Miguel ALVAREZ ENCINAS



Rectitud

Es juez severo, firme, intransigente
que acrisolado en la virtud se inflama;
astro de luz celoso de su llama
presada en el río de su frente.

Aun depurado y limpio, no se siente
jamás tranquilo, que una voz le llama
incesante y audaz; (en vieja rama
está en continuo acecho la serpiente).

Desea la paz, y no logra su intento,
que inesperada sombra se ha cruzado
e intenta corroer su sentimiento.

Mas como vive alerta y avisado,
su firme rectitud, vence al pecado,
y es aurora de luz su pensamiento.

RUFINO DELGADO FERNANDEZ